

Ega bromeó con Melchor, á quien conocía desde hacía mucho tiempo.

—Lo mejor es no decir nada. Ustedes son simples noticieros. De un libro como el de Claveiro, sólo se puede decir dónde se vende y cuánto cuesta.

El otro miró á Ega irónicamente con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

—¿Dónde quiere usted, pues, que se hable de los libros? ¿En los sermones?

—No, en las revistas críticas. O bien que los periódicos estuviesen escritos de otra manera. Pero como en Portugal no había periódicos serios ni revistas críticas, lo más acertado era no hablar en parte alguna.

—En efecto,—murmuró Melchor,—nadie habla de nada y nadie parece pensar en nada.

—Y con razón—afirmó Ega.—Cierto que muchas veces ese silencio proviene del natural deseo que tienen los mediocres de que no se aluda mucho á los grandes. Es la envidia vil y rastrera. Però en general el silencio de los periódicos para con los libros proviene de que han abandonado todas las funciones elevadas de estudio y de crítica y se han convertido en hojas vulgares de información casera.

—Claro es que no hablo por usted, Melchor; pero sus colegas, amigo, quieran que no, son incompetentes.

Melchor se encogió de hombros con expresión cansada y descreída.

—Se callan también porque al público no se le importa un bledo, porque nadie hace caso de nada...

—Ega protestó ya excitado. ¿Que al público no le importa? ¡Pues no le ha de importar! Cuando compra tres y seis mil ejemplares de una obra, es prueba de que algo le importa. ¡No, Melchor amigo, no! Ese silencio dice más claro que las palabras: "So-

mos incompetentes, estamos bestializados, por la noticia del señor consejero que llegó ó del señor consejero que marchó; por las notas aristocráticas; por la amabilidad de los dueños de casa; por el artículo de fondo escrito en caló, por toda esta prosa achulapada en que nos enlodamos... No sabemos, no podemos ya hablar de una obra de arte ó de una obra de historia, de esos hermosos libros de versos ó de un buen libro de viajes. No tenemos ni frases, ni ideas. Quizá no somos idiotas, pero estamos idiotizados. Una obra literaria vuela muy alto y nosotros chapuzamos aquí muy bajo..

—Aquí tiene usted, Melchor, lo que dice, por medio del silencio de los periódicos, el coro de los periodistas.

Melchor sonrió entusiasmado con la cabeza echada para atrás, como quien goza oyendo un aria agradable. Después, dando una palmada en la mesa:

—¡Caramba, Ega! ¡Qué bien habla usted! ¿Nunca ha pensado en ser diputado? El otro día decía yo á Neves: "Ega debiera ir á la Cámara para lanzar pullas sangrientas á lo Rochefort. ¡Ardería Troya! Y mientras Ega sonreía satisfecho, Melchor cogió la pluma y dijo:

—Usted está en vena... Dicte, hombre, dicte... ¿Qué he de decir del libro de Craveiro?

Ega quiso saber lo que Melchor había escrito. Apenas tres líneas: "Recibimos el nuevo libro de nuestro glorioso poeta Simón Craveiro. El precioso volumen, donde centellean en caprichosas composiciones todas las joyas de ese prestigioso escritor, está publicado por los activos editores...". Aquí se paró Melchor. No le gustaba el vulgar adjetivo *activos*... Ega sugirió *emprendedores*, y Melchor exclamó:

—¡Ahora rímal!

Arrojó la pluma descorazonado. ¡Acabósel! No estaba en vena. Además era tarde, le esperaba la muchacha...

—Lo dejó para mañana... Lo peor es que ya hace cinco días que me pasa lo mismo... ¡Ira de Dios! Tiene usted razón. La gente se idiotiza. No es por el libro... Es por Craveira, que es buen chico y pertenece al partido.

Abrió un armario, sacó un cepillo y se limpió la ropa. Ega le ayudaba á limpiarse la espalda, cuando entre ellos se interpuso la cara chupada de Gonzalo.

—¿Qué hace usted en este cubil, Ega?

—Estoy cepillando á Melchor y vine á hablar con Neves; le oí los elogios de Gouvarinho...

Gonzalo exclamó:

—¡Lo de la cruz! Es una estupidez; pero tiene otras peores!

Cogió del brazo á Ega y le llevó junto á una ventana:

—Es necesario hablar en voz baja á causa de los provincianos... Tiene otra deliciosa. No la recuerdo bien; Neves la sabe. Es algo así como la Libertad llevando del diestro el corcel del Progreso... En fin, una imagen ecuestre. La libertad con calzones de jockey, el progreso con un gran freno... ¡Espantoso! Qué bruto es Gouvarinho. ¿Y los otros, chico? Usted no estuvo en la Cámara cuando se discutía el asunto de Tondilla? ¡Lo que se dijo! ¡Daba asco! Esta elocuencia, esta política, estos oradores me horrorizan! Esto está peor que Bulgaria. Nunca se ha visto un desbarajuste como este.

—Para desbarajuste el que ustedes arman en el periódico—observó Ega riendo.

—¡Distingamos! Enredo por necesidad como político. Pero me asqueo á fuer de artista.

Ega, precisamente creía una desgracia incomparable para el país ese inmoral desacuerdo entre la inteligencia y el carácter. Allí estaba, por ejemplo, el amigo Gonzalo que, como hombre de inteligencia, consideraba á Gouvarinho como un imbécil...

—¡Una caballería!

—¡Perfectamente! Y, sin embargo, como político, usted quiere esa caballería para ministro y lo apoya con sus votos y con sus discursos.

Gonzalo replicó:

—¡Es necesario, hombre! Razones de disciplina y de solidaridad... En palacio agrada el hombre.

Miró en derredor y murmuró al oído de Ega:

—Hay también de por medio los sindicatos, los banqueros, concesiones en Mozambique... Dinero, amigo, dinero.

Y como Ega se inclinaba vencido y lleno de respeto, el otro con finura y cinismo, continuó:

—Querido, la política es hoy una cosa muy distinta. Les imitamos á ustedes los literatos. Antes la literatura era imaginación y fantasía, ideal... Hoy es realidad, experiencia, hechos. En Portugal, la política también sigue la corriente realista. En tiempo de la Regeneración y de los Históricos, la política era progreso, libertad, palabrería. Nosotros hemos variado todo esto. Hoy es el hecho positivo, ¡el dinero, el dinero! ¡Oh, divino dinero!

Y de repente enmudeció oyendo un gran silencio en la sala, en que su grito de ¡dinero! ¡dinero! parecía continuar vibrando en la atmósfera caldeada por el gas como la prolongación de un toque de rebato que llamara á todos los osados á la conquista del oro.

Neves desapareció. Los caballeros de provincia se dispersaban poco á poco y Gonzalo dijo adiós á Ega y desapareció también, abrazando al pasar á uno de los viejos, á quien llamó Malandrín.

Era media noche. Ega salió. En el coche que le llevaba al Ramillete, ya más tranquilo, empezó á reflexionar acerca del resultado de la publicación de la carta. La "cuestión de caballos," no la creería nadie. Dámaso, interrogado para disculparse, contaría horrores de María y de Carlos y una intolerable luz de escándalo iluminaría cosas que debían permanecer en la sombra. Estaba quizá preparando agudos pesares á Carlos, á causa de su odio á Dámaso. Nada más egoísta y pequeño, y subiendo á su cuarto, Ega, pensaba ir después de almorzar á la redacción de *La Tarde* para evitar la publicación de la carta.

Pero toda aquella noche soñó con Raquel y Dámaso. Les veía rodando por una carretera sin fin, entre pomares y viñedos, tendidos en un coche sobre un jergón donde aparecía lasciva y rica, su colcha de raso negro de la *Villa Balzac*. Los dos se besaban enroscados, sin pudor, y Ega, sin perder su conciencia y su orgullo de hombre, por una ficción del sueño, creía ser una de las ruedas que sostenían el coche.

Aquel sueño aumentó en cólera contra Dámaso. Además de eso, llovía. Decidió volver á *La Tarde*, dejar imprimir la carta. ¿Qué importaba, además, lo que dijera Dámaso? El artículo de la *Corneta* no podía ya leerse; Palma, bien pagado. ¿Y quién daría crédito á un hombre que en los periódicos se declara calumniador y borracho? Carlos pensó así también cuando, después del almuerzo, Ega le contó su re-

solución de la víspera al ver á Dámaso en el palco de la Cohen.

—Advertí, claramente, que hablaba de ti, de María, contando horrores. Y entonces, se acabó, no vacilé más. Era necesario dejar pasar la justicia de Dios. ¡No tendríamos paz hasta que lo aniquilásemos!

Carlos pensó únicamente en que el abuelo podía disgustarse si se enteraba del asunto...

—No lee *La Tarde*, y si sabe el rumor, le llegará ya desfigurado.

En efecto, Alfonso, supo apenas confusamente, que Dámaso soltara en el Gremio algunas palabras desagradables para Carlos y que luego declaró en un periódico que en aquel momento estaba embriagado. El viejo opinó que la declaración de Dámaso revelaba extremada lealtad y un amor casi heroico por la verdad.

—¡Buena la hemos hecho!— exclamó Ega, cuando estuvo á solas con Carlos.—Ahora resulta que Dámaso es un listo.

Los amigos de la casa, sin conocer el artículo de la *Corneta* aprobaron la ejecución de Dámaso. Sólo Craft dijo que Carlos debía haberle dado antes una mano de palos y Taveira halló cruel, que se dijese al desgraciado, con un florete en el pecho: "¡La dignidad ó la vida!".

Pero dos días después, no se hablaba más de aquel escándalo. ¡El ministerio estaba formado! Gouvarinho entraba en Marina. Neves iba al Tribunal de Cuentas. Ya los periódicos del partido caído, decían que el país estaba abocado á una catástrofe y hablaban del rey con poco respeto, y el último eco de la carta de Dámaso, fué un suelto de la propia *Tarde* que decía:

“Nuestro amigo y distinguido *sportman* Dámaso Salcede, sale para hacer un viaje de recreo por Italia. Deseamos al elegante *touriste*, toda clase de prosperidades en su hermosa excursión al país del canto y de las artes..

XV

Ega, que había ido á comer en la calle de San Francisco, se detuvo en el corredor buscando la petaca en los bolsillos del gabán; entró luego en la sala y preguntó á María, sentada al piano:

—¿De modo que definitivamente no viene al baile de la Trinidad?

Ella se volvió para decir, perezosamente, á la par que arrancaba al piano las notas de un vals lento:

—No me interesa y estoy además muy cansada...

—Sí, es aburrido—murmuró Carlos.

Ega protestó. También era pesado subir á las pirámides de Egipto; pero sin embargo, se sube, porque no todos los días le es dado á un cristiano trepar á un monumento que tiene cinco mil años de existencia. Y María podría ver en aquel baile, por diez tostones, una cosa rara, el alma sentimental de un pueblo, exhibiéndose en un palco, desnuda á un tiempo y con frac.

—Vaya, valor; un sombrero, un par de guantes y andando.

Ella sonreía, quejándose de fatiga y pereza.